

# MUJERES EN EL CAMINO

Colección “Meditaciones”

Marta Nin

# MUJERES EN EL CAMINO

Quince relatos sobre las mujeres  
del Evangelio



Ciudad Nueva

© Marta Nin Gómez

© 2009, Editorial Ciudad Nueva  
José Picón, 28 - 28028 Madrid  
[www.ciudadnueva.com](http://www.ciudadnueva.com)

Maquetación y diseño de cubierta: *Antonio Santos*

Imagen de cubierta: *Mariannita Zanzucchi*

ISBN: 978-84-9715-178-8

Depósito legal: M-41262-2009

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

*A mi madre, Maria Àngels Gómez.  
A la memoria de mi padre, Pere Nin.*



## Ríos de nieve\*

Pues que sin ti, a ti nadie alcanza,  
dame la mano o agárrame del pelo;  
si no tiendo la mía hacia la tuya,  
arrástrame hasta ti aun a la fuerza».

Ausias March, *Canto espiritual*

No hacía frío fuera. Hacía frío en sus adentros. Un frío lancinante que la atenazaba hasta la médula. Arropada dentro de la cama, Noá se estremecía a pesar de las mantas. El helor le martilleaba los sentidos. Intentó levantarse pero desfallecía. No, no podía bajar de la cama, no podía acudir a la sinagoga esa mañana. La fiebre la consumía.

Todo había empezado aquel atardecer en el que Simón, el marido de su hija Tamar, ha-

\* Cf. Curación de la suegra de Pedro: Mt 8, 14-15; Mc 1, 29-31; Lc 4, 38-39.

bía vuelto a casa con el cesto vacío. Parecía desconcertado y al mismo tiempo feliz, lleno de paz. Explicó a Tamar y a Noá que no había pescado nada porque, cuando con Andrés, su hermano, ya tiraba las redes al lago, un hombre los había llamado desde la orilla y les había dicho que lo siguieran. Se llamaba Jesús, venía de Nazaret. Les había hablado del Reino de Dios. Habían estado con él toda la tarde. También se habían unido a ellos otros pescadores de Cafarnaún, como Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo y de Salomé. Andrés no había vuelto a casa porque se había quedado con aquel hombre del lago.

El yerno de Noá rebosaba de entusiasmo. Hablaba del Reino de Dios mirando a su mujer con la misma ternura de cuando eran novios. Sus cotidianos quebraderos de cabeza se habían escurrido de repente entre las mallas de su red de pesca. Mientras hablaba del hombre del lago y contagiaba su fervor a Tamar, Noá refunfuñaba cavilando qué iban a cenar esa noche; había contado con el pescado de Simón. A veces, su yerno le parecía un tanto desafortado. Su hija también; tal vez por eso se entendían.



Le sorprendía, sin embargo, que Andrés se hubiera dejado embaucar. No quería escuchar toda esa retahíla de sandeces, y se fue a la cocina a ver si encontraba algo para cenar. Mientras rebuscaba en los armarios, se le presentaron el yerno y la hija cogidos de la mano y le dijeron que habían decidido seguir a Jesús dondequiera que él fuese. Hablando del Reino de Dios, la invitaron amorosamente a que fuera con ellos. A Noá le semejaban un par de chiflados; aquella pacífica alegría que desprendían sólo podía ser fruto de la locura.

Sí, fue entonces cuando sintió que se le helaba el corazón, fue a partir de aquel atardecer –cuando la hija y su yerno se fueron de Cafarnaún– cuando Noá se fue encontrando cada vez peor. Al cabo de unos días, supo que otras personas de la ciudad –como Santiago y Juan, los hijos de su amiga Salomé– iban también junto al hombre del lago recorriendo Galilea. Salomé no compartía sus preocupaciones, incluso se alegraba de que sus hijos fueran discípulos de Jesús.

Noá sentía a todo el mundo en contra de ella. No comprendía que ese Jesús recogiera a gentuza de dudosa reputación, como a Leví, el

hijo de Alfeo, que en Cafarnaún había recaudado los impuestos para los invasores romanos. Odiaba a los romanos porque menospreciaban las leyes y las costumbres judías. No podía salir nada bueno, pues, de esa camarilla con la que se habían juntado su hija y su yerno. Además, tal vez hubiera podido llegar a entender que se fuera Simón, pero Tamar no. Era escandaloso que hubiese incluso mujeres entre la gente que seguía a aquel nazareno. Le daba lo mismo que le dijeran que curaba a muchos enfermos. Enferma se había puesto también ella poco a poco. El helor que al principio le había azotado el pecho, se le había ido extendiendo por todo el cuerpo.

Oyó decir que su yerno ya no se llamaba Simón. Aquello le pareció una blasfemia, un ultraje a la fe de sus padres. Ahora lo llamaban Pedro, Cefas, «Piedra». A Noá le parecía un nombre muy feo y absurdo, lo cual demostraba que su yerno se había convertido en la perdición de Tamar siendo infiel al alma de su nombre: Simón, Shimeon, «El hombre-que-escucha-y-obedece-a-Dios».

La fiebre la había debilitado tanto que no podía ni incorporarse. Toda ella era un escalo-